

enero 1943

LA CIUDAD DE TRINIDAD

EL acuerdo del Colegio Nacional de Arquitectos que señaló Trinidad como sede para la elección de su nueva directiva fué bien pensado; porque tenemos ahora la oportunidad de cambiar impresiones sobre una población que es única en Cuba, no por la antigüedad de sus edificios, sino por este viejo ambiente que aquí se respira.

Tuvieron buen gusto los trinitarios al no sustituir todas sus plazas acogedoras por parques de cemento con banquitos de marmolina, en respetar los empedrados de sus calles, cuyos trazos irregulares recuerdan los trillos primitivos, en dejar las losas isleñas de muchas de sus aceras, en no cambiar la forma heráldica de su blasón que, también es único en Cuba, porque entre los de las ciudades y villas de la Isla, sólo éste tiene en su campo, como piezas honorables, trofeos ganados al enemigo. Se orientó felizmente mi querido amigo el doctor Frías al no tocar su hermosa casa de Gutiérrez y Colón alhajándola con muebles de otros días; y están íntimamente compenetrados con el espíritu de la ciudad los propietarios de esos viejos caserones de Brunet, de Borrero, de Iznaga, de Cantero y de otros muchos que no cayeron en la candidez de creer que un poco de cemento y arena en las fachadas remozan las construcciones y les imprimen un espíritu nuevo, capaz de olvidar el prestigio que sus años les brindan.

Todos estos pequeños detalles forman un gran conjunto que seduce al forastero desde los primeros momentos. Trinidad no es una ciudad muerta ni una ciudad dormida. Trinidad es una ciudad de la época romántica de Cuba, escondida entre lomas de policromía maravillosa. Decía don Francisco Latamendi en 1840, "aquí se vive como en el limbo"; y gracias a esta vida de ritmos pausados, un siglo después, cuando se pisan los umbrales trinitarios, se olvidan, insensiblemente, inquietudes y preocupaciones de la hora presente para holgarnos con el recuerdo de otros tiempos.

El Municipio de Trinidad es de los más an-

tiguos de Cuba; pero la Trinidad que hoy nos seduce, que nos encanta es, principalmente, de la primera mitad del siglo XIX. En efecto, cuando Diego Velázquez iniciaba la colonización de Cuba, las posesiones españolas en América caían hacia el sur de la Isla, por lo que dió preferencia a este lado de nuestras costas para fundar Santiago, Trinidad y La Habana, y sólo dos en el norte, Baracoa y San Juan de los Remedios, asegurando el tránsito por el centro con Bayamo, Puerto Príncipe y Sancti Spiritus. El plan era perfecto para el momento de su realización; pero muy pronto, y como sucede con frecuencia, acontecimientos insospechados demostraban que el Adelantado se equivocaba.

El señor Alcalde de Santiago de Cuba, sediento de oro, no podía resignarse a "labrar la tierra como un rústico", después de rehusar la licencia paterna para formar en las filas del Gran Capitán. Atormentado por ansias de poderío no encontraba fortuna sólida ni en la agricultura ni en el repartimiento de indios. Los episodios de la expedición de Grijalva, aguijoneaban sus ambiciones, y con aquella sagacidad rara, de que diera pruebas numerosas en su existencia extraordinaria, convenció a los Consejeros del Adelantado, Andrés de Duero y Amador de Lares, de que él era el indicado para conquistar las riquezas fabulosas entrevistadas por Hernández de Córdoba y por Grijalva. Velázquez, pese a su carácter suspicaz y violento, cayó en la intriga, y la armada mandada por Cortés, se hizo a la mar el dieciocho de noviembre de 1518.

Después de estancia breve en Macaca llegó a Trinidad, entonces más importante que Santiago y Bayamo, alzando el pendón negro, orlado de oro con cruz roja entre fuegos azules y blancos, y rodeada de la leyenda, "Amigos, sigamos la cruz, que teniendo fe en esta señal, conquistaremos". Aquí encontró caballeros, hidalgos y vecinos, famosos después en la historia de México, y aquí comenzó a sentir los primeros golpes na-

cidos en las dudas de Velázquez que ordenó al comandante Verdugo su detención, y que aquél no pudo cumplir temeroso que la soldadesca redujese a cenizas la villa. Cortés, cuando ya era poderoso y Marqués, recordando sus días de Trinidad decía al Padre Las Casas, "A la mi fée anduve por allí como un gentil corsario".

La ecuanimidad de Verdugo salvó a Trinidad de las llamas; pero los éxitos de la empresa de Cortés enervaron las actividades de la villa de tal manera que pocos años después el obispo Sarmiento la encontró despoblada, aplicando los bienes de su iglesia a la de Sancti Spiritus. Los hacendados de la jurisdicción quisieron imitar a los habaneros primitivos, y trasladarse a la banda del norte en las márgenes de la bahía de Matanzas; pero el proyecto no prosperó. Su ruina fué tan rápida que cuando la visita pastoral del obispo don Juan del Castillo, por 1569, Trinidad no era más que un pueblo de cincuenta indios casados.

Del siglo XVI Trinidad sólo conserva leyendas. La ceiba donde se dijo la primera misa al fundarse la población y la otra ceiba en el río Guarado en cuyas proximidades ancló la armada de Cortés.

¿Qué fué el siglo XVII para Trinidad? Para nosotros es un gran misterio. No hay más que sombras rasgadas repetidas veces por fogatas de corsarios y piratas. Dentro de la más estricta metodología histórica puede asegurarse que con la conquista de Jamaica por los ingleses perdió la poca importancia que le restaba. Sus ganados, sus caballos famosos, no tendrían más mercado que los de Cuba, ya que los planes del Marqués del Valle, cuando proyectaba la expedición de las Hibüeras, no pasaron jamás del papel. Trinidad se reducía, languidecía, pero no se borraba del mapa como la villa de La Habana de la costa sur, pese a que todas las circunstancias le eran adversas. Después de la caída de Jamaica la ruina de la villa parecía inevitable; pero la proximidad de los igleses trajo el rescate, y con él centuplicada la prosperidad pérdida. El cronista local Dr. Francisco Iznaga, asegura que la Ermita de la Popa se levantó en este siglo.

Ya en los comienzos de la centuria siguiente había doscientos vecinos lo suficientemente ricos para hacer el curso, eran dueños de barcos que mantenían tráfico activo con las posesiones ex-

tranjeras de la América. La villa iba creciendo, despertaba de un sueño de siglos y los ingenios de azúcar se multiplican en sus proximidades. Un grupo de familias formó la oligarquía local, pues eran dueños de todas las tierras de la jurisdicción. En Trinidad no había más que terratenientes, al extremo que el propio Letamendi hablando sobre el futuro de la ciudad, aseguraba, "lo creo imposibilitado de un progreso rápido en riqueza, y especialmente en población blanca, porque la riqueza existente está vinculada en los dueños de ingenios que habiendo acotado todas las tierras han constituido un feudo de toda la jurisdicción; así que puede decirse que no hay otra agricultura que la de aquellas fincas, donde se cosecha lo más necesario para sus dueños, y éstos como son los que expenden al menudeo los artículos cosechados, no dejan recurso al pobre por industrioso que sea, tanto más que no arriendan ni un palmo de terreno; de manera que buena falta tiene el pueblo de su Monte Sagrado, a semejanza del de Roma cuando quería poner límites a la codicia de sus patricios".

Estas familias, patricias y poderosas, fueron las que levantaron la mayor parte de la ciudad de hoy, pues en las postrimerías del siglo XVIII un voraz incendio destruyó gran número de casas. Viajaban frecuentemente por el extranjero, formando una sociedad culta y refinada que señaló singularmente a Trinidad por su ambiente ilustrado y distinguido. Fueron estos trinitarios de los primeros en unirse a los proyectos del "Lugareño" para traer colonos blancos y acabar con la trata. Son varios los libros de autores extranjeros que describen agradecidos la hospitalidad rumbosa de esta tierra, confirmada en las crónicas de las fiestas celebradas en honor de Serrano y de su mujer, y en la comida que les diera el alférez Real don Justo Germán Cantero. En este banquete cristalizó el movimiento de reformas políticas, al calor del atrevido brindis que en honor de los Condes de San Antonio pronunció el elocuentísimo orador don Fernando Escobar y Castro.

Todos estos recuerdos y otros muchos más que la brevedad del tiempo me obliga a silenciar, no pueden ni deben quedar dispersos en colecciones de documentos y periódicos; y así como han sabido conservar sus piedras, bellas y sugerentes, es necesario que ustedes se decidan a re-

coger todo ese mundo de arte, de refinamiento, de cultura y de patriotismo que representa Trinidad en el siglo XIX; no sólo para ofrecérselo al turista, y para preparar guías eruditas, sino principalmente para que las generaciones futuras conozcan lo que en la evolución de la cultura y de la historia patria representa esta ciudad. Hay que ilustrar un poco la vida de aquel amigo de Garibaldi y de Manzoni, de Iznaga, y la estancia de Narciso López; hay que divulgar las existencias de Armenteros, de Arcís y de Hernández y las de los generales Spotorno, Lino Pérez y Juan Bravo.

Hay que hacer historia local para que estas piedras hablen a nuestro espíritu. Este es el fin que inspira a las comisiones de historia, ornato y urbanismo. No la fría descripción de si esta casa se construyó en tal época o si corresponde a tal estilo: debe escribirse la vida misma de la casa. Así cuando se pasea por los salones del palacio de Cantero, y se observan todavía trazos de los frescos primitivos, parece como si habláramos con el alférez real don Justo Germán Cantero, autor de la bellísima colección "Los ingenios de Cuba", que somos invitados a sus fiestas suntuosas y que nos confían sus desvelos por el futuro de Cuba. Algo parecido ocurre con la casa de Iznaga, y son entonces los recuerdos de su movida existencia, narrados por don José Gabriel del Castillo, los que vienen a la memoria. No es necesario inventar leyendas, porque no hay novela más atrayente que la propia historia. Lo que hay es que animar esas piedras narrando la vida que tras ellas se hacía.

141

Por experiencia conozco el interés que despiertan los trabajos de esta clase. Cuando en 1928, a instancias mías, el Ayuntamiento de La Habana fundó la Comisión de Historia, Ornato y Urbanismo, primera que hubo en Cuba, recibía diariamente crecido número de cartas aplaudiendo, censurando o ilustrando con nuevos datos los acuerdos que se adoptaban.

Para que estas comisiones tengan éxito sólo se requiere ajustar sus trabajos a estas dos normas, la verdad por encima de todo, y orientarnos con criterio equilibrado, de manera que sólo conservemos las cosas viejas cuando son buenas; cuando dicen algo a nuestra historia; pero cuando son malas y nada representan, puede y debe prescindirse de ellas. Recuerdo que, a raíz de fundarse la Comisión de La Habana, mi inolvidable amigo Ezequiel García Enseñat comentando sus trabajos me decía, "estamos actuando bien pero me temo que si esta Comisión se nos escapa de las manos veremos cosas muy raras", y eso, precisamente, es lo que hay que evitar.

Estoy convencido que ustedes, que han demostrado un fino temperamento artístico conservando este ambiente, este escenario que no tiene semejante en Cuba, cuando formen su comisión sabrán ponderar sus decisiones; si el sentido de la verdad y de lo bello no les anima, dejen las cosas tal como están, porque para los forasteros estas piedras centenarias explican una leyenda de ustedes, la del "Cristo de la Veracruz", que llegado ocasionalmente a estas playas acogedoras no quiso jamás abandonarlas. Así, tal como es hoy Trinidad, cuesta mucho trabajo decirle "adiós".

Evelio GOVANTES